

XVI Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXXI Jornadas de Investigación. XX Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. VI Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional. VI Encuentro de Musicoterapia. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2024.

# Ciencia y psicoanálisis, número y significativo (primera parte).

Mazzuca, Santiago Andrés.

Cita:

Mazzuca, Santiago Andrés (2024). *Ciencia y psicoanálisis, número y significativo (primera parte)*. XVI Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXXI Jornadas de Investigación. XX Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. VI Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional. VI Encuentro de Musicoterapia. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-048/369>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/evo3/OwV>

*Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.*

# CIENCIA Y PSICOANÁLISIS, NÚMERO Y SIGNIFICANTE (PRIMERA PARTE)

Mazzuca, Santiago Andrés

Universidad de Buenos Aires. Facultad de Psicología. Buenos Aires, Argentina.

## RESUMEN

Este trabajo se dedica a la pregunta por las relaciones entre la ciencia y el psicoanálisis. Se ocupa de esta cuestión en relación con la invención del psicoanálisis por Freud, y deja para un segundo trabajo la prosecución del asunto en relación con la enseñanza de Lacan. El desarrollo se divide en dos tramos. En el primero, se plantea la pregunta por la especificidad de la estructura del saber científico. Para responder, se elige la perspectiva formulada por A. Koyré, según la cual, lo propio de la ciencia moderna es despejar la estructura matemática de lo real. El segundo tramo se pregunta si este despejar matemático tiene algún papel en la invención freudiana. Allí la respuesta presenta dos facetas en tensión. Por una parte, se afirma que no hay estrictamente hablando una matematización en Freud. Por otra parte, se señala que la exigencia de matematización estuvo presente de manera explícita y firme condicionando su conceptualización, y que esa presencia constituyó el apoyo para una interrogación inédita de la dimensión del sentido.

## Palabras clave

Ciencia - Psicoanálisis - Número - Significante

## ABSTRACT

SCIENCE AND PSYCHOANALYSIS, NUMBER AND SIGNIFIER  
(PART ONE)

This paper is dedicated to the question of the relationship between science and psychoanalysis. It addresses this issue in relation to Freud's invention of psychoanalysis, leaving for a second paper the continuation of the matter in relation to Lacan's teachings. The development is divided into two sections. In the first, the question of the specificity of the structure of scientific knowledge is posed. To answer this, the perspective formulated by A. Koyré is chosen, according to which the hallmark of modern science is to reveal the mathematical structure of reality. The second section asks whether this mathematical elucidation has any role in Freud's invention. Here, the answer presents two facets in tension. On one hand, it is asserted that there is, strictly speaking, no mathematization in Freud. On the other hand, it is pointed out that the demand for mathematization was explicitly and firmly present, conditioning his conceptualization, and that this presence constituted the support for an unprecedented interrogation of the dimension of meaning.

## Keywords

Science - Psychoanalysis - Number - Signifier

## El asunto

Este trabajo se dedica a exponer algunas reflexiones acerca de la relación entre la ciencia y el psicoanálisis. La relación... o la no-relación.

Ésta puede ser examinada en múltiples aspectos. Dicho de otro modo, la ciencia constituye una cuestión que puede concernir a los psicoanalistas de diversas maneras. En particular podemos destacar dos. La primera, desde una perspectiva epistemológica: es la pregunta por el estatuto epistémico del psicoanálisis, por la afinidad o ajenidad entre el saber psicoanalítico y el saber científico. La segunda, desde una perspectiva más "clínica": es la pregunta por las consecuencias o efectos que el despliegue de la ciencia tiene sobre la subjetividad, sobre los seres hablantes en general. Este trabajo se ocupa de la primera, con la idea de que una elucidación en este sentido será de provecho en el posterior abordaje de la segunda.

A su vez, antes de avanzar en esa primera perspectiva, se impone la tarea previa de dilucidar la estructura del saber científico en cuanto tal. No se la desplegará en profundidad a causa de las limitaciones de extensión impuestas por las circunstancias de la presentación, pero se señalará algunas cuestiones fundamentales.

Por otra parte, estas mismas limitaciones de extensión nos fuerzan a dividir en dos trabajos nuestro desarrollo. En este primero daremos una primera vuelta por la elucidación de la estructura del saber científico y luego abordaremos la relación entre esta forma de saber y la invención del psicoanálisis por Freud. Quedará para un segundo trabajo la prolongación de estas cuestiones en una segunda vuelta por la pregunta sobre la estructura de la ciencia, y su relación con la enseñanza de Lacan.

## Realismo y nominalismo en relación con la revolución científica de siglos XVI y XVII.

Partimos entonces de la pregunta por la naturaleza del saber científico, la especificidad que lo distingue rotundamente de cualquier otra forma de saber elaborado por el ser humano. Pero antes de desplegarla, haremos dos aclaraciones.

La primera. Al decir *ciencia* nos referimos en particular al surgimiento de la ciencia moderna que resulta de la revolución científica que tuvo lugar entre los siglos XVI y XVII. Nos referimos

entonces a esas ciencias de la naturaleza, o ciencias exactas, y no a un campo más vasto y difuso que incluiría también a las ciencias humanas o sociales. Si tomáramos como referencia a este último, las definiciones a las que podríamos llegar en cuanto a la estructura de su saber serían probablemente mucho más difusas, por la heterogeneidad de su composición. Por otra parte, la eficacia sobre lo real tan excepcional de la ciencia que nos interesa interrogar se corresponde más claramente con el primer campo señalado, más restringido, y no con el otro, más vasto y difuso. En definitiva, que se llame “ciencia” a uno u otro campos es un asunto de acuerdos, en buena medida lingüísticos. No nos interesa ahora abordar esa cuestión, sino la otra: la pregunta por la estructura específica de aquel saber nuevo que surgió con aquella revolución científica, la de la astronomía y la física en primer lugar, que instalaron una manera inédita hasta entonces de entender la estructura de la realidad material (del universo). Segunda aclaración. No nos estamos preguntando qué es lo que *se considera* ciencia en cada tiempo o lugar, según las ideas de quienes reflexionan sobre el tema, que pueden ser muy variadas a lo largo y ancho del tiempo y los contextos culturales. Nos preguntamos en todo caso *qué es efectivamente la ciencia* como práctica y, sobre todo, como saber con una estructura muy específica y determinada. En efecto, consideramos que esa ciencia es algo real, que surgió en determinado momento de la historia de la humanidad (digamos: alrededor de tales siglos XVI y XVII) y que se distingue por completo de cualquier otra forma de saber. Esta especificidad distintiva es algo real, independientemente de las ideas que las distintas gentes hayan podido o no hacerse sobre ella a lo largo del tiempo. A esa especificidad la podemos hacer notoria de manera simple señalando por ejemplo que ninguna cultura humana sin ciencia, por más tiempo y tradición cultural que se le quiera suponer, podría jamás ni por asomo acercarse siquiera a la posibilidad de aventurarse más allá del planeta Tierra. Hubo y habrá infinidad de saberes y prácticas humanas, desde los albores de la historia y la prehistoria, hasta el futuro incierto; pero ninguna posibilidad para ninguno de ellos de conseguir en lo real la eficacia propia que la ciencia tiene a través de sus desarrollos tecnológicos. Esa eficacia es real, independiente de las ideas que las gentes se hagan sobre ella. Incluso quien descrea de ella, o directamente la niegue, igualmente se quedará sin planeta en caso de que la ciencia se lo arrebatase (y este peligro, el de quedarnos sin planeta por la propia acción del hombre, no existiría si no hubiese surgido la ciencia moderna).

### La pregunta por la especificidad

Esta eficacia específica y distintiva que la ciencia tiene sobre lo real, podríamos decir que es de donde brota nuestro interés en ella, un interés que se vuelve más y más actual y apremiante con cada día que pasa. En efecto, a causa de esa eficacia, a causa de los desarrollos tecnológicos a los que da lugar, la ciencia es lo que lisa y llanamente impone su forma a nuestro mundo y

a nuestra existencia humana: desde la cantidad de alimento que somos capaces de producir a nivel global, hasta la forma que adopta el poder real en el mundo y los gobernantes que resultan electos para conducir nuestro destino, pasando en el medio por prácticamente cualquier otro aspecto de nuestra vida cotidiana. (Uno de los desarrollos científicos teóricos y tecnológicos más impactantes de las últimas décadas -o ya casi de la última centuria- es el de las ciencias de la computación, que más recientemente ha desembocado en el surgimiento de la inteligencia artificial, el análisis de cuyo impacto sobre la subjetividad está todavía en pañales).

Esta eficacia distintiva de la ciencia sobre lo real es evidente. Pero lo que nos interesa averiguar es a qué estructura responde: cuál es el rasgo distintivo de la estructura de su saber, que es de donde proviene esa eficacia. Y esto, en cambio, no parece tan evidente.

### La posición habitual... y su posible insuficiencia

En general, se considera que el saber científico es aquél que se elabora respetando el método científico. Y a este método, a su vez, se le reconocen habitualmente ciertas características generales. Se suele acordar en que supone una *actitud interrogativa*, abierta y dispuesta a poner todo en cuestión, incluso y especialmente sus fundamentos más básicos (opuesta en esto a una actitud dogmática). Supone también un espíritu *argumentativo*, que intenta descubrir las causas de los fenómenos y dar cuenta de ellas de manera clara y racional. Y, sobre todo, se le atribuye de manera esencial una firme relación con la *experiencia*. En este sentido, se señala que el saber científico se elabora a través de la formulación de hipótesis, que funcionan como una respuesta tentativa a la pregunta o problema del que se parte, pero luego, sobre todo, deben diseñarse experimentos u observaciones que pongan tales hipótesis a prueba. Es recién a partir del análisis de los resultados de esas observaciones (que suelen incluir el recabado de abundante y muchas veces compleja información), que las hipótesis resultarán verificadas o descartadas (es decir, que se incorporarán o no al bagaje de conocimientos de la ciencia en cuestión). Estos resultados de las observaciones deben ser reproducibles por cualquier miembro de la comunidad científica. Y en este sentido, se dice que tal vez la característica más esencial del método científico sea la *falsabilidad*: la posibilidad de volver a poner a prueba el conocimiento establecido a través de cada nueva experiencia, y de declararlo falso en caso de que los resultados lo contradigan. Con la imposición de estas reglas, los científicos buscarían minimizar el impacto de su propia subjetividad en sus construcciones, y obtener así un saber más “objetivo”, verídico, real.

Todo esto parece tener una cierta validez general. Es cierto que la ciencia constituye una forma de saber interrogativo, argumentativo, racional, comunicable, y que se apoya, además, en la observación. Pero la cuestión que nos planteamos radica en determinar si esas son sus características *específicas*, es decir, las

que distinguen su estructura de cualquier otra forma de saber elaborado por la humanidad, y que puedan entonces explicar su eficacia tan extraordinaria y única sobre lo real, a la vez que la naturaleza de la revolución científica de la que surgió.

Consideramos que la respuesta a esta pregunta es más bien negativa. Es decir, nos parece que esas caracterizaciones (la actitud interrogativa y argumentativa, y el apoyo en la observación), aunque sean acertadas, no resultan *suficientes* para distinguir a la ciencia de los otros saberes. La filosofía es probablemente el saber más *interrogativo* que existe. La teología se embarca en discusiones *argumentativas* interminables. Otras físicas diferentes de la científica, como la de Aristóteles por ejemplo, se basan siempre en la *observación*. Y sin embargo, ninguno de esos saberes podría considerarse científico. Lo propio de la ciencia, en todo caso, sería basarse en una observación... ¡científicamente estructurada! De modo que la pregunta retrocede en vez de resolverse, porque falta despejar lo que distingue a una experiencia (u observación) científica de otra que no lo es.

Nos gustaría encontrar el buen corte, que nos permita discernir, de manera “clara y distinta” -por así decir- si un saber tiene o no tiene estructura científica.

#### Una formulación de la especificidad:

Si analizamos con más precisión el tan mentado apoyo en la experiencia, podemos notar que la relación de la ciencia con la observación es más compleja de lo que parece. En cierto sentido, tal vez sea *contraria* a lo que parece. Consideremos la creencia en el movimiento de rotación del sol alrededor de la Tierra, que fue sostenida por la humanidad durante milenios justamente hasta el surgimiento de la ciencia moderna. Pues bien: no hay hipótesis más verificable por la observación que ésa. Observación directa, irrefutable, reproducible cada día por todos los habitantes del mundo. Y sin embargo, es falsa. Consideremos ahora, a la inversa, la tesis del movimiento de rotación y traslación de la Tierra alrededor del sol: no hay hipótesis más refutable por la observación que ésta. Observación también directa y reproducible al infinito. Y sin embargo, esta segunda tesis es la correcta para la ciencia. Una de las primeras y costosas conquistas de la revolución científica fue el paso de aquella creencia (errónea) a esta nueva (correcta). ¿Pero cómo sabemos que lo es? ¿Es por el apoyo en la observación? Lo que “observamos”, si le damos a esta palabra su sentido habitual, es más bien lo contrario. Sin embargo, en nuestra era científica, sabemos que estamos en lo correcto, y hemos aprendido a desestimar (o poner en su lugar) la ilusión que nos genera nuestra observación directa cotidiana. ¿Por qué?

Hay una respuesta que es simple, pero a la cual curiosamente no parece concedérsele plena atención. Es la siguiente: lo sabemos porque sólo de ese modo *cierran las cuentas*, es decir, encajan los datos *matemáticos* de las observaciones astronómicas. Desde esta perspectiva, el famoso basamento de la ciencia en la experimentación, tan novedoso y específico de ella, no

consiste meramente en una observación cualquiera, ni en que resulte repetible y controlable, sino en que esté *matemáticamente estructurada*. Por eso, en ella ostenta un papel destacado la *medición*. Y por eso intervienen tantos *aparatos*. A través de las mediciones y de los aparatos que dan su estructura a sus experiencias, los científicos interrogan a la naturaleza y extraen las respuestas que ella ofrece a sus preguntas. Pero lo hacen ahorrándose el pasaje por el lenguaje y el sentido. Los aparatos interrogan solos, sin la participación subjetiva del científico... pero no lo hacen en un lenguaje humano, sino en el “lenguaje” matemático.

Adoptamos esta perspectiva de A. Koyré, el mundialmente reconocido historiador de la ciencia, que inspiró entre otras cosas los conocidos trabajos de Thomas Kuhn. Desde este punto de vista, entonces, este pequeño “detalle”, el descubrimiento de la estructura matemática de lo real, es la verdadera novedad y la especificidad de la ciencia moderna. Por supuesto, no se trata de que cualquier hipótesis se convierta en científica por el mero hecho de enunciarse con estructura matemática. Porque la ciencia no se propone elaborar hipótesis matemáticas cualesquiera, como si se tratase de un puro juego de fantasía. Se propone descubrir las proporciones y relaciones matemáticas que están presentes efectivamente en lo real. Si se afirma que la atracción gravitatoria es inversamente proporcional a la distancia entre los cuerpos, en lugar del cuadrado de esa distancia, se hace una afirmación errónea, aunque sea tan matemática como la correcta. Y en este sentido, la observación sí resulta decisiva, porque es la que confirma o refuta que una relación matemática esté o no efectivamente presente en lo real. Pero esta dialéctica con la observación puede estar presente también en otras formas de saber, y probablemente lo esté en la mayoría de ellas, de un modo u otro. Lo específico y distintivo de la ciencia, en cambio, es que tal observación se estructure de manera matemática. Y entonces sí se independiza de la subjetividad, porque se independiza del sentido.

#### La matematización de lo real

Esta matematización de lo real parece haberse presentado de manera clara para la mayoría de los científicos que llevaron a cabo la revolución de la que surgió la ciencia moderna, entre esos siglos XVI y XVII. Resulta manifiesta en el título (y también en el contenido, por supuesto) de la obra de Newton con que resultó coronada aquella revolución en 1687: «Principios matemáticos de la filosofía natural». Pero estaba enunciada más de medio siglo antes en la famosa frase de Galileo: «La filosofía está escrita en ese grandísimo libro que tenemos abierto ante los ojos, quiero decir, el universo, pero no se puede entender si antes no se aprende a entender la lengua, a conocer los caracteres en los que está escrito. Está escrito en lengua matemática y sus caracteres son triángulos, círculos y otras figuras geométricas, sin las cuales es imposible entender ni una palabra; sin ellos es como girar vanamente en un oscuro laberinto.» (Galileo 1623, 54)

Entre ambos, entre Galileo y Newton, se sitúa Descartes. Koyré analiza el papel decisivo que cumplió Descartes en la instauración de la ciencia moderna. Lo hace especialmente en tres conferencias que dictó en la Universidad de El Cairo en ocasión del tricentenario de la publicación del *Discurso del método* (Koyré 1937). Lamentamos no poder reseñar detenidamente los desarrollos que despliega Koyré, pero podemos señalar algunos puntos fundamentales. En primer lugar, realiza un contrapunto entre Bacon (padre del empirismo) y Descartes (padre del racionalismo). A su entender, el trabajo de Bacon, que tal vez dio lugar a las ideas más difundidas acerca de la naturaleza de la ciencia (su apoyo en la observación), tuvo un éxito más literario que científico, en la medida en que no estuvo acompañado de ningún aporte efectivo al saber de la ciencia. En cambio, nos recuerda que el *Discurso...* tenía en realidad un título más extenso que el que le recordamos en la actualidad: «Discurso del método para conducir bien la razón y buscar la verdad en las ciencias», y se trataba en realidad de un grueso tratado científico, o más bien tres, precedidos por un prefacio... que es lo único que hoy se publica y conocemos como «Discurso del método». En definitiva, Koyré muestra que las reglas vagas que Descartes enuncia en ese *Discurso*-prefacio sólo se comprenden y captan en su alcance apropiado cuando se las articula con los trabajos científicos que prologaban. Bajo esta luz, resulta evidente que las «ideas claras y distintas» de las que hablaba Descartes eran ni más ni menos que las ideas matemáticas. La «filosofía» de Descartes es en realidad la fundación de una nueva posición epistémica en relación con lo real. Y Descartes realiza un aporte de primer orden para el establecimiento de la ciencia moderna, que consiste en fabricar las herramientas conceptuales necesarias para la matematización del espacio (cosa de la que nos queda testimonio en nuestras conocidas coordenadas «cartesianas»). En otro de sus trabajos, «Del mundo del 'aproximadamente' al universo de la precisión» (Koyré 1948), que no citaremos ni analizaremos en detalle por razones de extensión, el autor muestra que la clave del quiebre que dio origen a la ciencia moderna radica en esa matematización, que aborda la exploración de la naturaleza desde la expectativa y presuposición de que responderá a un abordaje preciso, cuantificable.

No podemos extendernos más en este punto. Los debates en torno de la naturaleza del saber científico son demasiado extensos como para considerarlos aquí de manera sistemática. Sólo hemos querido dar cuenta, de manera somera pero argumentada, de la posición que encontramos en Koyré, y a partir de la cual intentaremos avanzar en relación con nuestro asunto.

Desde esta perspectiva, la verdadera especificidad de la ciencia y de su eficacia reside en la matematización de lo real, más que en la experimentación por sí misma. Es la matematización la que prevalece. Se apoya en lo real a partir de la medición, sí... pero la medición científica por lo general se contrapone a la «observación» ingenua, y a menudo se impone *por sobre* ella. La medición científica cuestiona la observación ingenua (la

de los *sentidos*, en el sentido de la percepción pero también de las significaciones humanas) como nunca antes consiguió hacerlo ninguna otra forma del saber a lo largo de la historia de la humanidad. La ciencia rompe con el sentido común. Cuando lo precisa, declara la guerra a cualquier forma de observación no matemática... y gana la partida.

(Desde la perspectiva de Koyré, resulta sorprendente la insistencia un poco sobreperseverante con que se señala la importancia de la observación en el método científico, al tiempo que se descuida lo esencial de su estructuración matemática. Siguiendo a este autor, incluso podría considerarse que tal insistencia se presenta como una suerte de formación reactiva, desmentida o renegación, para no reconocer esta derrota de la observación ingenua ante la matemática.)

### **La originalidad de Freud: su tiranía del abordaje cuantitativo de lo psíquico**

Nos volvemos ahora más directamente hacia el psicoanálisis, y nos preguntamos: ¿Qué hay de esta matematización de lo real en la invención freudiana del psicoanálisis?

A primera vista podría parecer que hay poco o nada. Ciertamente, no encontramos en toda la obra de Freud ninguna ecuación, ninguna magnitud medida, ninguna formulación matemática. Es que el campo del psicoanálisis es el campo del sentido, que se apoya a su vez en el campo de las representaciones. Se trata del campo del lenguaje humano, de las lenguas humanas «naturales», las habladas espontáneamente a lo largo de la historia de la humanidad, en cuya trama se tejen las cosas de la vida y las constituciones subjetivas. No es para nada lo mismo que el «lenguaje» matemático del «gran libro del universo». (Y Descartes trazó la frontera de manera bien nítida, clara y distinta, al enunciar la oposición entre la *res extensa* y la *res cogitans*.) De modo que se esperaría poder despachar de manera expeditiva la pregunta recién formulada (en el párrafo anterior) con una respuesta simplemente negativa.

Sin embargo, examinado más de cerca, el asunto no resulta tan sencillo. Pues ocurre que la pretensión matematizante de la ciencia está presente en el espíritu de Freud. Y no sólo está presente: es una suerte de exigencia incondicional que funciona como horizonte de su esfuerzo de elaboración. Freud está verdaderamente poseído por esta exigencia, que sin ninguna duda opera determinando su trabajo de conceptualización. Un fragmento de la carta de Freud a Fliess del 25.5.95 lo pondrá de manifiesto: «[...] un hombre como yo no puede vivir sin caballito de batalla, sin pasión dominante, sin un tirano, para decirlo con Schiller, y éste me ha sido dado. A su servicio, no conozco medida. Se trata de la psicología, desde siempre mi meta que me hace señas desde lejos, y que ahora, desde que me he encontrado con las neurosis, se ha acercado tanto más. Me torturan dos propósitos, revisar el aspecto que toma la doctrina de las funciones de lo psíquico cuando se introduce la consideración cuantitativa, una especie de economía de la fuerza nerviosa,



y en segundo lugar, espigar de la psicopatología la ganancia para la psicología normal.» (Freud 1887-1904, p. 54, subrayado nuestro.) Freud nos confiesa allí a este curioso tirano.

En cierto sentido, no debería resultar sorprendente o inesperado. Freud era médico neurólogo, no psiquiatra. Y se había dedicado con pasión a la floreciente investigación científica de la estructura del sistema nervioso, de modo que poseía el hábito metodológico de tal investigación. Realizó estudios directos sobre células nerviosas de peces y estrellas de mar avanzada la década de 1870, unos diez años antes del descubrimiento de Ramón y Cajal de la naturaleza individual de las neuronas (hacia 1887); y una vez establecida esta nueva doctrina, la incorporó rápidamente a su reflexión sobre los procesos psíquicos, como consta en su «Proyecto de psicología para neurólogos». Freud fue primero neurólogo, y fue un buen neurólogo. Y no es extraño que, como tal, adoptara con firmeza la metodología científica (cuantitativa).

Pero sí debe retener nuestra atención, en cambio, el hecho de que Freud haya tomado apoyo en dicha exigencia para dar el paso del campo neurológico al terreno de la psicología, de lo subjetivo; y más todavía, el hecho de que, una vez desembarcado en este nuevo continente, perseverara en su exigencia.

Uno de los trabajos donde queda asentado del modo más claro ese paso de Freud es su estudio comparativo de las parálisis orgánicas e histéricas (Freud 1893), encargado por Charcot. Freud trabaja en la primera mitad de ese escrito como semiólogo neurólogo, y son la lucidez y la solvencia que despliega en ese campo las que lo conducen a la conclusión de que las parálisis histéricas no pueden recibir explicación orgánica neurológica. Sin esta primera conclusión, estrictamente científica, no habría podido autorizarse a «pasar al terreno de la psicología» (1893, 207). (Aunque pueda parecer paradójico, es justamente la solidez científica de Freud la que le sirve de apoyo para ir más allá de la ciencia.)

Pero una vez dado el paso, resulta evidente que la estructura de los síntomas histéricos no viene comandada por la anatomía nerviosa material, sino por las representaciones. Ya estamos en el campo del lenguaje y de los sentidos, del valor simbólico que los síntomas adoptan por su entramado asociativo con los asuntos de la vida. Sin embargo -y esto es lo que debe retenernos- Freud persiste en su exigencia de abordarlos desde una perspectiva «cuantitativa». De hecho, la carta a Fliess que citamos más arriba (donde se refiere a la tiranía de su exigencia matematizante) fue escrita dos años después del trabajo sobre las parálisis, en 1895. Ese mismo año se publican los *Estudios sobre la histeria*. Citaremos un breve pasaje del historial allí registrado de Elisabeth von R., donde Freud se interroga por la naturaleza fundamental del mecanismo conversivo, y propone: «Es justo exigir a la teoría y preguntar: ¿Qué se muda aquí en dolor corporal? La cauta respuesta rezará: algo desde lo cual habría podido y debido devenir dolor anímico. Si uno se atreve a dar un paso más y a ensayar una suerte de *figuración algebraica*

*de la mecánica de la representación*, puede atribuir al complejo de representación de esta inclinación que ha permanecido inconsciente un cierto monto de afecto, y designar a esta última *cantidad* como la convertida.» (Freud 1895, p. 180, subrayado nuestro). Y entremedio, un año antes, en «Las neuropsicosis de defensa» de 1894, Freud enuncia del modo más claro, simple y explícito la «hipótesis auxiliar» que organiza su modo de abordar lo psíquico desde el punto de vista cuantitativo: «en las funciones psíquicas cabe distinguir *algo* (monto de afecto, suma de excitación) *que tiene todas las propiedades de una cantidad* —aunque no poseamos medio alguno para medirla—; algo que es susceptible de aumento, disminución, desplazamiento y descarga, y se difunde por las huellas mnémicas de las representaciones como lo haría una carga eléctrica por la superficie de los cuerpos.» (Freud 1894, p.61, subrayado nuestro).

La exigencia matematizante no está presente en Freud meramente como ideal, sino que opera de manera efectiva estructurando sus concepciones. Y La fuerza de esta exigencia se presenta como una originalidad de su pensamiento (pues no parece haber otros autores que hayan llegado tan lejos en esa dirección como Freud en su «Proyecto...»). Tal vez debamos considerar que tuvo un papel indispensable en su invención...

### ¿Cuantitativo?

¿Podemos entonces hacer un balance del papel que tuvo esta exigencia de matematización en la invención del psicoanálisis, y del grado de cumplimiento que alcanzó en la obra de Freud? Resulta un poco paradójico.

Comencemos por el cumplimiento. Aquí habría que inclinarse por un balance más bien negativo. El psicoanálisis no es un saber matemático, y podemos entender esta afirmación en dos sentidos. En el sentido más estricto y restringido, se trata de señalar que el psicoanálisis no trabaja con ninguna magnitud. No mide nada matemáticamente, no trabaja con valores numéricos. Ahora bien, en un sentido más amplio, se podría argumentar que podemos no contar todavía con medios técnicos suficientes para medir una determinada cantidad (lo cual nos impide manejarla como magnitud) y sin embargo mantener el supuesto de que se trata efectivamente de eso, una cantidad, y abordarla a través de construcciones teóricas (hipótesis) que se impongan estrictamente reducirse a procesos cuantitativos materiales. Pues bien, eso es exactamente lo que se propone Freud en el «Proyecto...» mencionado, cosa que él mismo enuncia de modo claro y distinto en su primera frase: «El propósito de este proyecto es *brindar una psicología de ciencia natural*, a saber, *presentar procesos psíquicos como estados cuantitativamente comandados de unas partes materiales comprobables*» (Freud 1895, 330). ¿Será que cumplió la meta al menos en este sentido más amplio, aunque no haya podido llegar a medir las magnitudes en juego? Pues no, tampoco. Freud abandonó la empresa inconclusa y no fue jamás retomada. En campo (el real) propio del psicoanálisis no se prestó a semejante pretensión.

En cambio, lo que Freud publicó fue *La interpretación de los sueños*. Aquí se trata de otra cosa que puros estados cuantitativos de partes materiales. Se trata, como anuncia su título, del sentido. Y el sentido supone las representaciones. Hay que subrayar esa diferencia: no es para nada lo mismo concebir a la cantidad circulando a través de partes materiales, que a través de representaciones. Las representaciones son de otra índole, son irreductibles a lo material. Quizá sea la razón por la cual Freud enuncie, en la citada «hipótesis auxiliar», que la cantidad en cuestión circula por «*las huellas mnémicas de las representaciones*». Tal vez las huellas fueran más asimilables a un cauce energético, pero las representaciones suponen otro orden de abordaje. En cualquier caso, *La interpretación de los sueños* no es el «Proyecto...». Condensación y desplazamiento son conceptos que Freud construye a partir de las articulaciones de sentido. Y representaciones son las palabras y las imágenes, pero consideradas en todas sus potenciales articulaciones simbólicas que palpitan sentido. Ahí está en juego toda la complejidad de la lengua, de las lenguas humanas que se hablan y que -una vez más- hay que distinguir y poner en oposición tajante al “lenguaje” matemático. Hay algo ahí que no puede ser matematizado. De esta manera, el balance del cumplimiento de la exigencia de matematización de lo psíquico resulta negativo, incluso en el sentido del «Proyecto...» (sin medición de magnitudes).

Ahora retomemos la primera cláusula de la pregunta: ¿tuvo esta matematización, aun con su imposibilidad inherente, algún papel en la invención del psicoanálisis? Aquí, paradójicamente, la respuesta es positiva.

En primer lugar, tal como señalamos antes, Freud necesitó dominar el abordaje material cuantitativo propio de la neurología para autorizarse a aventurarse más allá de la ciencia.

Pero además, y sobre todo, no podemos ignorar que su aspiración a un abordaje cuantitativo opera con un fundamental papel estructurante de sus hipótesis sobre el campo propiamente subjetivo, de punta a punta de su obra. Esta aspiración se plasmó en la concepción de “algo” comparable con una cantidad. Ese algo, el «factor cuantitativo», se presenta bajo distintas designaciones a lo largo de sus textos: «monto de afecto», «suma de excitación», «energía libre» o «ligada», y constituye especialmente el componente cuantitativo de la agencia representante de pulsión en lo psíquico y de la libido.

Ahora bien: La relación de este “algo” con las representaciones es entonces muy particular, reviste una cierta tensión, tal vez, una vez más, de naturaleza paradójica. Por una parte, no hay abordaje más fundamental de ese “algo” -y seguramente no hay mejor definición posible para él- que ese mismo hecho: el de ser *algo que circula a través de las representaciones*. (Éste es un punto fundamentalísimo siempre en riesgo de resultar descuidado.) Y a su vez, lo propio de las representaciones es el orden de las oposiciones y articulaciones, el orden de lo cualitativo. Pero, por otra parte, Freud no cede en la concepción de que ese “algo” es cuantitativo. Combinando ambas determinaciones, re-

sulta que este “algo” se define por su articulación en un campo cualitativo a la vez que por su naturaleza cuantitativo. Es decir, por su articulación en el campo de las representaciones pero al mismo tiempo por su irreductibilidad a ellas. Lo que opera la «hipótesis auxiliar» es la instalación, en el campo del sentido y las representaciones, de “algo” irreductible al sentido y las representaciones.

Articulémoslo con una de las viñetas presentes en el mismo texto de dicha «hipótesis». «Una muchacha sufría bajo el miedo de que le asaltaran las ganas y entonces se orinaría; ello después de que una urgencia así la constriñó realmente cierta vez a abandonar una sala de conciertos durante la ejecución. Esta fobia le había quitado poco a poco toda capacidad de goce y de trato social. [...] Un examen ahondado demostró que la presión en la vejiga le sobrevino la primera vez en las siguientes condiciones: En la sala de conciertos, no lejos de ella se había sentado cierto señor que no era indiferente a su sentir. Empezó a pensar en él y a pintarse cómo se sentaría a su lado siendo su esposa. Estando en esta ensoñación erótica, le sobrevino aquella sensación corporal que es preciso comparar con la erección del varón y que en ella [...] concluía con una ligera presión de vejiga. De esta sensación sexual, con la que ya estaba habituada, se espantó mucho ahora [...] y un instante después este afecto se le transfirió sobre las ganas de orinar concomitantes [...]. En su vida ordinaria era tan mojigata que todo lo sexual le causaba intenso horror, y no podía concebir la idea de que se casaría alguna vez [...]» En una primera lectura, se podría entender que el “algo” en cuestión es una “energía” sexual puramente somática, ¿pero podría ser realmente así? Si lo fuese, ¿cuál sería la explicación del papel de la circunstancia desencadenante? ¿Dónde reside aquí lo traumático? Porque a la sensación sexual corporal con la presión de vejiga, la paciente «ya estaba habituada»; lo traumático reside más bien en lo específico de la circunstancia señalada. Esta mujer está entregada a su ensoñación erótica, que consiste ¿en qué?: en intentar representarse como esposa de ese hombre; y desemboca ¿dónde?: literalmente en algo que le resulta *inconcebible*. Ese “algo” inconcebible (ser la mujer de alguien), irreductible a toda representación y sentido, es lo que la hipótesis “cuantitativa” recubre con el supuesto de una cantidad.

No podemos desplegar ahora esta articulación en el resto de la obra freudiana. Pero este supuesto «factor cuantitativo», que funciona como referencia última de la pregunta por la naturaleza de lo traumático, opera como formulación de una opacidad o un agujero interno al campo del sentido.

Al mismo tiempo, permite una formalización de la “mecánica” de las representaciones que intenta dar cuenta de sus articulaciones a partir de una estructura que no da al sentido por primario ni por explicación suficiente. En estas coordenadas, Freud puede explorar e interrogarse por los mecanismos asociativos como determinantes del sentido, en vez de suponer a este último como dado y autónomo. A tal punto que Lacan,

como se sabe, le atribuye haber anticipado los desarrollos por venir de la lingüística moderna (que descubre los mecanismos significantes que gobiernan la determinación del sentido). Nos detendremos aquí por ahora.

### Conclusión

Nuestro recorrido atravesó dos tramos. En el primero, propusimos un modo de entender lo específico de la ciencia moderna como un despejar la estructura matemática de lo real, que a su vez explica su eficacia tan distintiva. En el segundo tramo, nos preguntamos qué hay de ese despejar matemático en la invención del psicoanálisis. La respuesta se presentó en tensión. Por una parte, señalamos que no hay en Freud estrictamente una matematización. Por otra parte, afirmamos que su exigencia de matematización, aunque no se cumple en el sentido de la ciencia, desempeña un papel fundamental en su concepción: el de introducir un agujero en el campo del sentido, que al mismo tiempo permite llevar la pregunta por la mecánica de las representaciones más allá del presupuesto del sentido dado. El psicoanálisis aparece así en una cierta continuidad con el espíritu científico, que efectivamente se interroga por una estructura que trasciende al sentido. Pero al mismo tiempo se presenta en oposición, en la medida en que la ciencia se ocupa de un real matemático, sin ninguna relación con el sentido, mientras que el psicoanálisis se ocupa del campo del sentido, aun tratándose de un sentido agujereado y opaco, por una parte, o secundario a determinaciones significantes, por otra. Consideramos que se trata de cuestiones decisivas para dar al supuesto “factor cuantitativo” su lugar apropiado en la conceptualización y en la clínica del psicoanálisis.

Queda pendiente para una continuación el análisis de estas mismas cuestiones en relación con la enseñanza de Lacan.

### BIBLIOGRAFÍA

- Freud, S. (1893). Algunas consideraciones con miras a un estudio comparativo de las parálisis motrices orgánicas e histéricas, en *Obras Completas*, Amorrortu editores, Buenos Aires, 1980, tomo X.
- Freud, S. (1894). Las neuropsicosis de defensa, en *Obras Completas, cit.*, tomo III.
- Freud, S. (1895). Proyecto de psicología para neurólogos, en *Obras Completas, cit.*, tomo I.
- Freud, S. (1899), *La interpretación de los sueños*, en *Obras Completas, cit.*, tomos IV y V.
- Freud, S. (1895). Carta del 25-5-95, en *Cartas a Fliess*, Amorrortu editores, Buenos Aires, 1986.
- Koyré, A. (1937). Entretiens sur Descartes, en *Introduction à la lecture de Platon*, Gallimard, 1995.
- Koyré, A. (1948). Del mundo del ‘aproximadamente’ al universo de la precisión, en *Pensar la ciencia*, Ediciones Paidós, Barcelona, 1994.